

supieramos, que su poderoso brazo sabe hazer aun de las piedras hijos de Abrahan.

CAPITULO IX.

FACILITA LA DIVINA PROVIDENCIA

la entrada al Nayar, abriendola los mismos, que tantos años la tuvieron tan cerrada.

Legó por ultimo el tiempo, que Dios tenia predestinado, para que los Nayeres abriesen la entrada à su Provincia, que tan obstinadamente rebeldes havian cerrado, embarazando casi insuperablemente su reduccion la valentia, y astucia, con que en tan repetidas expediciones havian hecho bolver la espalda, no solo al esforzado brio de muchos Capitanes, sino al fervoroso Espiritu de muchos Apostolicos Missioneros, que intentaron romper los cerrojos de sus puertas, para introducirles el remedio à sus engaños: ahora para que mas claramente se reconociesse la amorosa paternal Providencia del Señor, ellos mismos fueron el instrumento de su reduccion; porque apiadandose finalmente la Divina Misericordia de ver à estos miserables tanto tiempo cautivos, y esclavos de Lucifer, dispuso de tal suerte las cosas con su inapeable ordenacion, à que no sabe resistir la mas obstinada rebeldia, que saliendo ellos en busca de sus intereses, se dexaron abierta la puerta, sin advertir, que le quitavan los candados, con que su terquedad la tenia siempre cerrada.

El comercio, que mantuvieron innocente los Nayeritas por tantos años, havia en estos tiempos declinado en insolentes atrevimientos; eran ya los robos, è insultos mui frequentes; padecianlos con mas continuos assaltos los Pueblos vezinos de las fronte-

ras,

ras, que están por la parte del Poniente ázia la costa del mar del Sur, cuyos habitadores, por no estar aliados con essa barbara Nacion, vivian mas abochornados por los efectos de sus violencias; y vieronse ultimamente acometidos con tal offadia, que hasta sus puertas llegaron à assaltarles. Determinaron, para evitar mayores descalabros, con esforzada resolucion repeler fuerza con fuerza; y previniendose de armas, salieron en su seguimiento con tal celeridad, que llegaron à alcanzarles, logrando aprehender algunos muchachos con dos adultos. A estos remitieron presos à Guadalaxára, y à aquellos dexaron en sus Pueblos, para instruirles en nuestra Santa Fé, y bautizarles. Mucho sintieron los Nayeres este golpe; pero mas vivamente hirió su corazon otro dolor, que hizo tiro à sus intereses; porque siendo inescusable passo el de estos Pueblos, ya enemigos suyos, para conducir la sal de las costas de Olita, y sabiendo por la experiencia, que eran tan hombres, que sabian valerse de las armas contra sus astucias, no hallavan camino, que les desembarazára el que tanto les importava: para salir de tan sensible ahogo, hizieron varias Juntas, mas nadie propuso medio, que no le reprobára su temor.

Casi al mismo tiempo, que andavan estos Indios bazilantes, sin hallar sus discursos salida à sus congoxas, recibió en Mexico el Señor Marqués de Valéro, Virrey entonces, y Capitán General de esta nueva España, Cedula de su Magestad, en que expressava de nuevo sus catholicos deseos, de que se abriessé de una vez la entrada al Nayar à nuestra sagrada Religion, para que se cerrasse del todo al engaño de los Apostatas, y delinquentes, que sacudiendo el yugo de la obediencia à su Corona, y apartandose del gremio de la Iglesia, mantenian en su ceguedad à estos Gentiles. Luego, que su Excelencia leyó los Reales encargos tan conformes à su zelo, para dar los primeros passos con acierto, y hallar alguna

K 2

llave

llave maestra, para abrir la Puerta tan cerrada del Nayar, remitió carta, en que declarava sus deseos, y las Reales ordenes de su Magestad al General Don Martin Verdugo de Haro, Oficial Real, que fue muchos años, y Corregidor en la Ciudad de Zacatécas: este tan Christiano, como zeloso Cavallero, para dar cumplimiento al superior mandato de su Excelencia, y seguir el camino, que le proponia, para darle muy exacto à los de su Magestad, escribió luego à D. Juan de la Torre Valdés, y Gambóa vezino de la Villa de Xeréz distante diez leguas, noticiandole aquella Real orden, y suplicandole tomasse el trabajo de venir à Zacatécas, para conferir los medios, que se discurriessen mas à proposito, para facilitar la consecucion de tan importante empresa.

Era Don Juan de la Torre el mas idoneo, para dar luz en la conferencia, y aun para encargarse de executar, lo que se resolviessen en la Junta; porque por su buen corazon, y amabilidad, à que añadia la liberalidad, que le permitia su caudal, y el hablar con expedicion, y entender la lengua Mexicana, arastrava los afectos, no solo de los Indios fronterizos, que havian de ayudar à la Conquista, sino de los mismos Nayeritas, que siempre dieron especiales muestras de amor à los de esta Familia, y mas que à otros à esse tan amable Cavallero, con quien siempre comunicavan, quando salian à comerciar, y le escribian varias vezes, quando tenian algun embarazo: deseava ansiosamente la conversion de estos Barbaros; haviales ya hablado, y escrito varias vezes sobre este tan importante punto; y viendo ahora, que se tratava de aplicar los medios mas conducentes à tan alto fin, se puso luego en camino. Confirieron aquella empresa, y las dificultades, que se ofrecian: representó el rumbo, que juzgava mas conveniente, y era acceptar ahora el ofrecimiento, que le havian hecho en varias ocasiones estos Indios, pidiendole, que se

viniesse à vivir entre ellos con toda su Familia, obligandose aun à mantenerle en qualquiera necesidad.

Nunca se havia inclinado à determinacion tan arriesgada, pero ahora, que le estimulava el servicio de Dios, y el de nuestro Catholico Monarca, parecia le ya, que podia, y aun devia abrazar esta resolucion, dexandose guiar del zelo, y de la lealtad, esperando solo en lo mucho, que Dios le havia de favorecer, arriesgandose por causa tan justa, y de tanta gloria suya. Pero añadió, que aunque su caudal era suficiente, para mantener con decencia su Persona, y su Familia, no lo era, para comenzar à conquistar unos corazones tan interessados, como los de los Nayeritas, siendo las armas mas necessarias, y poderosas las del cariño, y las dadivas, para inclinarles despues à entrar por el camino, que se discurriessen mas llano, para lograr el intento, que se pretendia. Y aunque este medio era impracticable, hecha representacion de todo à su Excelencia, conociendo bien lo arriesgado de la propuesta, reconoció, que con estas luzes, comenzava à rayar la esperanza: aceptó tan valiente, y christiana resolucion; y para empezarle à premiar sus heroïcidades, se le remitió el Titulo de Capitan Protector, assignandole por entonces el sueldo de quatrocientos, y cinquenta pesos, y encargandole, que con la suavidad, que le dictasse su discrecion, procurasse mover à algunos de los Indios Nayeritas, à que passassen à Mexico, donde entre los otros medios, que se discurrian, no feria el menos congruente, el que persuadidos estos à lo mejor con la fuerza de las dadivas, y agafajos, inclinassen à los otros con el exemplo, y con la voz à que finalmente se rindiessen à lo que tanto se deseava.

Entretanto Dios, que iba disponiendo todas las cosas conforme à su Divina ordenacion, movió à estos Barbaros à consultar sus dudas con Don Pablo Phelipe, saliendo à este fin al Pueblo de San Nicolás,

lãs, donde vivia con el cargo de Capitán de aquellas fronteras, y havia ya recibido carta del Capitán Protector, en que le encargava, que procurasse hallar camino, que allanasse el passo para la tan deseada reduccion de los Nayeritas. Estos espoleados del amor à los muchachos, que les tenian en los Pueblos, y de los atrassos, que ya sentian por la falta de la sal, partieron de sus tierras en busca de aquel su grande amigo, para que con su prudencia les sugiriesse el rumbo, que devian tomar, para remediar tan sensibles males. Valiendose de la ocasion tan oportuna, que se le vino à tan buen tiempo, mostróse sagazmente compadecido de sus aflicciones; comenzó à discurrir con ellos varios medios, que ya conocia no havian de ser admitidos por arriesgados; disfrazó assi el que finalmente les propuso mui al descuido, y era todo el blanco de sus discursos.

Dixoles, que solas las providencias de un Virrey podian remediar tan graves daños, y que su parecer era, que passassen à Mexico à representarle à su Excelencia sus cuidados; ponderóles sagáz las dificultades de tan largo camino; se ofreció gustoso à acompañarles, y servirles de Interprete; aseguróles, que todo se conseguiria con ventajas, si les conduxesse à la presencia del Señor Virrey Don Juan de la Torre, de quien ya sabian, quan afecto les havia sido siempre; facilitóles la jornada, pretestando, que ivan principalmente à dar la obediencia al Rey nuestro Señor, y que con esta ocasion lograrian la representacion, y el remedio de tantos perjuizios, con que los fronterizos de la Costa les tenian tan mortificados: hablóles por fin con tal arte, y energía, que no solo aprobaron por mejor el consejo, que se les dava, sino que resolvieron despachar algunos à llamar al *Tonati*, para que viniendo Persona de tanta autoridad à esta Corte, fuesse mas calificada su propuesta, y mejor despachadas sus demandas, por mas que se huviesse

viesse de dispensar, que en el tiempo, que durava aquel viaje, quedasse al cuidado de otro el del culto de sus Deidades, y el asseo de sus Templos, como se executó con aprobacion de Don Pablo Phelipe, Indio verdaderamente fidelissimo, en quien especialmente desde este passo sobresalieron el zelo, y el valor, habiendo influido no poco à esta tan deseada reduccion, y conquista, no solo con los dictámenes de su discurso, sino con los esfuerzos, con que persuadió à los Nayeritas, que abrazassen nuestra Santa Religion.

Llegó el *Tonati*, que acompañado de Don Pablo, y de cinquenta Nayeritas se encaminó à la Villa de Xeréz en busca de Don Juan de la Torre, à quien ya havia prevenido aquel fiel honrado Indio, y aunque este discreto Cavallero les recibió mui cariñoso, les vendió con mucha sagacidad el favor de irles acompañando, aceptando como por fuerza lo mismo, que él tanto deseava. Mas temiendo, que los Nayeres por su natural inconstancia, quisieran bolver atrás, preocupó con la brevedad estos rezelos. Dispuso el viaje para Zacatécas, de donde avisado antes de su venida, salió à recibirles en su forlon el Señor Corregidor Don Martin Verdugo, y los Señores Coroneles Don Fernando de la Campa, y Cos, Conde, que fué despues de San Matheo del Valle de Valparaíso, y Don Joseph de Urquiola, Conde de Santiago de la Laguna: salió tambien el Comercio, y Mineros, marchando à cavallo, queriendo todos aquellos Cavalleros con estas demonstraciones de cariño facilitar la reduccion tan pretendida, y hazerle esta primera salva à nuestra sagrada Religion por la esperanza, que ya se concebía de su entrada al Nayar. El Señor Corregidor hizo, que subiesse en su forlon el *Tonati*, le detuvo, y agasajó aquella noche; mas el siguiente dia le pidió licencia, para retirarse al Cerro, donde se havia alojado su barbara Tro-

Tropa, ò llevado del amor à los suyos, ò de la costumbre de vivir en los barrancos.

Iva todo felizmente; y rezeloso el enemigo de las almas, al vér, que con tan buenos principios, tenia ya la verdad andado la mitad del camino, para triunfar del error, procuró impedirle los vuelos, esparciendo al publico, que los Indios, que llevaba el Capitán Protector, y Don Pablo Phelipe, no eran Nayeres, sino Indios fronterizos. El rumor passó de la Plebe à los oídos de los discretos, y luego le despreciaron, no siendo imaginable, que Don Juan de la Torre, que les conocia, llevassé à su Excelencia en negocio de tanto peso, en vez de la verdad un engaño, que seria un cargo de mala calidad, luego que se descubriera simulación tan perniciosa. Y assi proseguieron en cortejar, y acariciar à los Nayeritas aquellos Señores, en que sobrefalieron principalmente la benignidad del Señor Corregidor, y la bizarría del Señor Conde de la Laguna, ofreciendo este, como lo cumplió, al Capitán Protector los caudales, que juzgassé necessarios para los gastos de la jornada, y vistiendo de calamaco à los cinquenta Indios, que acompañavan al *Tonati*, à quien ya havia dado un vestido el Señor Corregidor. Mas viendo el Demonio, que no pudo lograr sus trazas por mano de los Nuestrs, para embarazar el viaje, tiró à retraher à aquellos timidos Barbaros, infundiendoles mil desconfianzas, y pintandoles tan grandes dificultades, y peligros en alejarse tanto de su Tierra, que los veinte, y cinco pidieron licencia, para restituírse à su Provincia, alegando tales pretextos, que se les huvio de conceder; todos los otros les huvieran seguido, à no poner freno à sus intentos el exemplo del *Tonati*, que manteniendose firme en proseguir el viaje, llevó trás sí à los otros veinte, y cinco, que quedavan, pudiendo mas, que su timidez, el respeto, con que veneravan à tan autorizada Persona.

Y

Y aunque no faltó quien le negasse al *Tonati* la superioridad à todos los Nayeres, pretendiendo, que no passava su jurisdiccion los territorios de su Rancheria, que era la de la Mesa, no tuvo otro fundamento, que la tenacidad, y arrojo del que havia formado este dictamen, porque desde el tiempo de Nayerit estuvo siempre anexo el gobierno Politico de toda la Provincia al sumo Sacerdote, que residia en la Mesa; y siendolo entonces el *Tonati*, fué capricho negarle la superioridad, y mas quando la misma obediencia de los que le siguieron, y aun la reverente propuesta de los que le desampararon, manifiesta, que reconocian en él algun caracter, que les obligava à obedecerle, y acompañarle en el viaje à Mexico. Salió por fin ázia esta Imperial Ciudad de Zacatécas en compañía, no solo del Capitán Protector, y de Don Pablo Phelipe, sino tambien del Capitán Don Santiago de Rioja, y Carrion, que influyó, y trabajó no poco, para que se lograsse esta empresa, dexando su casa, por hazer este servicio à Dios nuestro Señor, y à nuestro Catholico Monarca, y à toda esta Septentrional America, abandonando su fofiego por atender à la quietud de este tan dilatado Reino.

CAPITULO X.

*RUIDOSA ENTRADA DEL TONATI EN
la Corte de Mexico, donde el Señor Marqués
de Valero consigue los primeros triumphos
de su obstinacion.*

L Legó con felicidad el *Tonati* con toda su Tropa Nayerita, cortejado del Capitán Protector Don Juan de la Torre, y del Capitán Don Santiago de la Rioja à la Corte de Mexico por el Mes de Febrero,
L de